

Capítulo 51 - Dentro del bucle de la muerte

Como si mis palabras lo hubieran convocado, el paisaje que tenía delante se abrió en un enorme cráter tallado en piedra de color negro medianoche.

En su centro se alzaba una estructura que desafiaba la lógica arquitectónica: torres retorcidas que parecían plegarse sobre sí mismas, conectadas por puentes que no deberían haber podido sostenerlas.

Y a lo largo de la construcción imposible, vetas de pura energía carmesí pulsaban como un latido, proyectando todo en una luz infernal.

"El Nexo de Fragmentos", susurró Feng, con sus instintos académicos superando el cansancio. "Las notas de investigación lo mencionaban, pero al verlo..."

Los fragmentos estaban allí, sí. Docenas, desde fragmentos del tamaño de un puño hasta enormes estructuras cristalinas que zumbaban con un poder demoníaco concentrado.





Flotaban en órbitas lentas alrededor de la aguja central, cada uno irradiando suficiente energía para alimentar las formaciones de una pequeña secta durante décadas.

Pero no estaban desprotegidos.

El silencio se rompió.

Una resonancia baja, no transportada por el aire sino reverberando en los huesos, nos presionó.

El sonido se transformó en palabras, susurrando y rugiendo a la vez, como si la piedra que nos rodeaba estuviera hablando.

"Feng Lianhua de la Secta Inmortal. Nos volvemos a encontrar."

Feng se quedó paralizada, abriendo mucho los ojos. Su voz era débil, casi infantil. "Eso es... imposible. Nunca he estado aquí. Las expediciones nunca se encontraron..."

La voz se tensó más y más, envolviéndose alrededor de sus pensamientos como si fueran cadenas.

—Oh, pero sí lo hicieron. Cada ciclo lunar, tu preciosa secta nos envía tributo. Jóvenes discípulos, llenos de esperanza y energía espiritual. Gritan con una belleza increíble mientras consumimos su esencia para mantener nuestra prisión.



El cráter mismo parecía latir al ritmo de las palabras, y cada sílaba retorcía el aire.

Las sombras a lo largo de las torres se alargaban de forma antinatural, formando medias figuras: rostros, brazos, bocas distorsionadas que emitían gritos silenciosos.

Feng se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cabeza, con la tensión grabada en su rostro. "No. No, la secta... la secta nunca..."

El eco se hizo más profundo, la risa era como un cristal rompiéndose contra otro.

"¿Justo?" se burló, y con esa palabra, las ilusiones surgieron.

Las imágenes estallaron a nuestro alrededor como fragmentos de memoria: discípulos con túnicas blancas, apenas crecidos, con los ojos muy abiertos mientras eran conducidos hacia la oscuridad por ancianos encapuchados.

Su miedo tangible. Sus voces se quebraron mientras el vacío los consumía.

La compostura de Feng se quebró. Negó con la cabeza con fuerza, con lágrimas a punto de derramarse. "¡Para! ¡Para! Esto no es real. No puede ser real..."



Sus palabras se quebraron, estranguladas por la creciente marea de susurros.

Lo vi: su espíritu aplastado bajo el peso de la traición, su mente plegándose sobre sí misma.

La más fuerte entre nosotros, deshecha no por una espada o una bestia, sino por la secta a la que le había entregado toda su vida.

Una furia fría se encendió en mí.

—¡Basta! —Mi voz cortó los ecos asfixiantes mientras lanzaba mi energía hacia afuera.

Una luz dorada onduló a nuestro alrededor, formando una barrera que hizo retroceder las sombras.

La presión psíquica vaciló, chirriando en resistencia antes de alejarse ligeramente.

El esfuerzo me desgarraba; sentía el sudor correr hacia mis ojos y mis pulmones forcejeando en busca de aire, como si el aire mismo se hubiera vuelto espeso.



Pero me mantuve firme, manteniendo la barrera cerrada sobre Feng.

Lentamente y dolorosamente, los susurros fueron disminuyendo.

Las imágenes parpadearon y murieron, dejando sólo un silencio hueco.

Feng cayó de rodillas, respirando con dificultad y con los dedos clavándose en la piedra como si quisiera anclarse a algo tangible.

Se frotó la sien, aturdida, susurrándose a sí misma: "Yo... yo no... yo nunca reaccionaría así. He enfrentado cosas peores. ¿Por qué se sintió tan real?"

"No es nada", mentí, imponiendo firmeza en mi voz aunque todavía estaba jadeando.

"Solo un parásito que se alimenta de la debilidad. Trucos para quebrarnos desde dentro. Ya no puede hacerte daño."

Su mirada se elevó hacia mí, conmocionada pero inquisitiva, y pude ver las grietas en su fachada helada, frágil de una manera que nunca pensé que fuera posible.

Y aún así la voz no se había ido.



Regresó, más suave ahora, enroscándose justo en los bordes de nuestra conciencia.

"El fragmento más grande que buscáis", murmuró, y la aguja de arriba se encendió de color carmesí, atrayendo nuestra mirada hacia el cristal del tamaño de un hombre, que palpitaba de dolor.

"Se formó a partir de la agonía comprimida de mil sacrificios. La obra de tu secta, el sufrimiento cristalizado."

El cuerpo de Feng se sacudió como si lo hubieran golpeado.

Su negación vaciló, sus labios se separaron pero no salió ningún sonido.

Toda su vida —rectitud, lealtad, fe en sus mayores— se derrumba bajo la revelación.

Me acerqué a ella, protegiéndola nuevamente mientras el eco presionaba con más fuerza.

—No —susurró finalmente, apenas audible, con los hombros temblando.

"Eso no es posible... no puede ser... los ancianos..."



Sus palabras se quebraron.

El silencio llenó el espacio donde una vez vivió su certeza.

Apreté los puños, el Legado del Dios Cachondo surgió dentro de mí como una marea salvaje que respondía al desafío.

La voz se rió entre dientes, divertida por mi desafío.

Y tú, pequeño emperador, ¿aún deseas reclamar nuestro tesoro?
El precio será todo lo que eres, todo lo que esperas llegar a ser.

"Tal vez", susurré con los dientes apretados y sintiendo fuego en mi pecho.

"Pero he pagado precios peores por cosas menos importantes."

El aire se deformó violentamente.

El espacio mismo se retorció como un pergamino húmedo, pliegues de nada abriéndose y cerrándose a través del cráter.

No era un cuerpo que se abalanzaba sobre nosotros, era el eco mismo, el peso de una antigua voluntad atravesando la realidad para borrarlos.



La piedra se agrietó donde yo había estado un momento antes, borrándose en un enorme agujero de vacío absoluto.

"¡Ve al fragmento!", grité, invocando cada gota de mi herencia mientras una luz dorada volvía a brillar, quemando las sombras que intentaban aferrarse.

"¡Voy a detener esto!"

El legado del Dios Cachondo surgió como un faro, mi cuerpo temblaba bajo su fuerza bruta.

Podía sentirlo: todo el reino se volvía hacia nosotros, cada sombra acechante era atraída por la luz como depredadores oliendo sangre.

Mei Ling y Lin Yue intercambiaron una mirada antes de correr hacia la torre, con la determinación grabada en sus rostros exhaustos.

Feng, todavía pálida y temblorosa, se puso lentamente de pie.

Sus manos se apretaron en puños.





En sus ojos pálidos, la venganza comenzaba a encenderse allí donde la desesperación la había destrozado.

Como había activado la amplificación de plasma, parecía que estaba drenando demasiado rápido, como un estanque tratando de dar su agua a varios ríos.

Los ecos volvieron a aumentar y la risa resonó en el cielo fracturado.

Luego pasó lentamente una hora que pareció varios días dado el agotamiento y el desgaste que supuso para nuestros cuerpos.

Los susurros se hicieron más fuertes, deslizándose a través de las paredes de piedra agrietadas como humo viviente, envolviendo mi mente con dedos insidiosos.



"Ríndete... vuélvete uno con lo infinito..."

No eran sólo sonidos; tenían peso y tiraban de mi qi como ganchos invisibles, intentando sacar algo vital de lo más profundo de mi ser.

Las ruinas en las que nos habíamos refugiado de repente parecían una trampa: un mausoleo desmoronado de roca negra irregular, grabado con runas demoníacas descoloridas que pulsaban con una luz tenue y malévola.



El aire olía a óxido y arrepentimiento, cargado de corrupción y haciendo que cada respiración pareciera tragar ceniza.

Mei Ling se acercó más a mí, su afinidad con la naturaleza parpadeaba erráticamente: vides verdes brotaban de sus dedos solo para marchitarse, volverse negras y desmoronarse.

"Esposo... estas voces... están dentro de mi cabeza. Haz que paren..."

Su voz tembló, su piel rosada palideció mientras el qi demoníaco mordisqueaba sus bordes, sus alegres pechos se agitaban con respiraciones de pánico bajo su túnica rasgada.

Lin Yue preparó una flecha, sus agudos ojos verdes escanearon las sombras, pero sus manos temblaron levemente; la corrupción también la estaba afectando, haciendo que su postura de guerrera fuera menos firme.

"Pase lo que pase, no es justo. Siento que me está quitando la concentración".

